

## Ramón Eduardo Ruiz

La revolución es la revolución", aseveró Luis Cabrera. De todo lo que este prolífero escritor nos ha legado, nada se acerca más a una verdad universal que su sentencia sobre la naturaleza de la revolución. En el mundo occidental, México incluido, la definición de Cabrera se antoja tan simple y precisa que debería ser irrefutable, sin embargo, no ha sobrevivido al reto del tiempo. La corrupción sentó sus reales desde el principio, hasta llegar a la grotesca realidad actual en donde el término revolución lo aplican los conservadores a los triunfos electorales. En México y en Estados Unidos, en donde gobiernan los grupos que se oponen al cambio revolucionario, los portavoces de esos grupos ostentan credenciales revolucionarias; así Ronald Reagan invoca lo que él llama "la herencia de la Revolución Americana", mientras que Miguel de la Madrid recurre a una Revolución *Institucionalizada*. Con voces como éstas que proclaman a voz en cuello sus convicciones, no es de sorprenderse que la definición de Cabrera esté abandonada en el arcón polvoso de la historia.

¿Qué es la Revolución? ¿Gozó México de una Revolución? Obviamente, una "Revolución", si en verdad significa algo más que un simple cambio de gobernantes, proclama el amanecer de una nueva era, tanto en el ámbito económico y social como en el político. No es el sólo cambio de gobernantes, ni simplemente el hecho de correr a los pillos, sino una transformación de la estructura básica de la sociedad. Una Revolución,

en su significado de "R" mayúscula, es una purga social que, entre otros de sus logros, está el de alterar dramáticamente el sistema económico prevaleciente y transformar la estructura de clases, lo mismo que los patrones de riqueza y la distribución de ingresos. Más allá de ésto, una revolución en su más profundo sentido es también psicológica, como lo dijo Gramsci, en cuanto cambia el modo de pensar de la gente, pues de no ser así, hay el riesgo de que los patrones de pensamiento de antaño socaven los planes presentes. Una revolución enseña nuevos principios y demanda lealtad hacia ellos, como lo aprendieron rápidamente los cubanos cuando se dieron cuenta de la necesidad de un "nuevo hombre cubano". Más aún, en el siglo XX una revolución modifica la naturaleza de la dependencia de una nación respecto al mundo exterior, especialmente en el Tercer Mundo esta relación se ve alterada entre el antiguo amo imperial y la recién liberada colonia. Para México, claramente, ésto significaría una revisión drástica de su relación con su poderoso vecino del norte, Estados Unidos.

Al aceptar la definición de Cabrera, sólo un puñado de solevantamientos modernos encajan a esta categoría de Revolución. En el siglo XVIII, el modelo clásico es la Revolución Francesa, la cual terminó con el antiguo régimen y lo reemplazó con un estado capitalista manejado por la burguesía. A pesar de esto, los estudiosos modernos señalan que la Revolución Francesa de 1789

culminó un proceso más que iniciarlo. No fue sino hasta el siglo XX cuando ocurrieron explosiones similares. Sin lugar a dudas, las revoluciones rusa, china y cubana, al substituir las economías capitalistas por las marxistas, merecen un lugar al lado del ejemplo francés. Al alterar la conformación de la sociedad, al voltear la estructura de clase y al poner término a las relaciones coloniales, estos movimientos llenan los requisitos de una Revolución. Todo lo que se pueda decir de la Cuba de hoy, está a millas de distancia de la isla de los burdeles, de los casinos y de las plantaciones de azúcar manipulados para el placer del yanqui capitalista.

Dada esta definición de Revolución, entendida como una catarsis repentina, violenta, social y económica, ¿hasta qué punto puede el solevamiento mexicano de 1910 considerarse una Revolución? La respuesta, por supuesto, requiere de una discriminación entre la retórica y el hecho; pide que se distingan los ideales tantas veces enunciados en las leyes de la verdadera intención del liderazgo, así como de lo que realmente logró. ¿Francisco I. Madero, Venustiano Carranza o Alvaro Obregón, los caudillos de la rebelión, planearon y llevaron a cabo una revolución? ¿Contemplaron sus seguidores, independientemente de su retórica, una total metamorfosis de la estructura del antiguo régimen? ¿Fue su objetivo liberar al país del sistema capitalista que, cualesquiera que fuesen sus limitaciones y desventajas en México, emulaba los modelos económicos y políticos de la Europa occidental y de Estados Unidos, para substituirlos por una estructura socioeconómica fundamentalmente diferente? ¿Las leyes implementadas por los gobernantes rebeldes de México después de 1911 rompieron con el pasado y sentaron los cimientos de un orden social diferente y una independencia económica? ¿Rompió México con su

relación de dependencia respecto a su vecino amo imperialista? ¿Hasta qué punto, si lo hay, fueron éstos los ideales del solevamiento de 1910 y hasta qué punto se llevaron a cabo? Para plantearlo de una manera más breve, ¿tenían pensado los caudillos lo mismo que sus discípulos efectuar una reforma o provocar un cambio radical?

Revolución y violencia, destrucción de la propiedad y la pérdida de la vida, van de la mano. Sin embargo, confundir la violencia con la revolución es cometer un error imperdonable, pues no necesariamente son inseparables. En México, no obstante, la violencia del periodo que va de 1913 a 1915 se toma muchas veces como prueba de una revolución. Que los rebeldes tuvieron que pelear vigorosamente para destituir al general Victoriano Huerta, quien había expulsado a Madero del Palacio Nacional, no necesita documentación. Aun así, los mexicanos con verdadero sentido de la verdad, reconocen que gran parte de esa violencia, a pesar de ser característica de la era después de Huerta, se debió a disputas de facciones. A pesar de que en ocasiones los principios económicos pudieron haber estado de por medio, las luchas armadas eran en realidad facciones de familias rebeldes en pugna una contra la otra. No cabe la menor duda que Zapata, apodado por sus rivales "el Atila del sur", pretendía el cambio social. Pero si se le juzga a la luz de los estándares de Lenin y sus discípulos, a Zapata le queda grande el mote de revolucionario. Los correligionarios de Zapata en la Convención de Aguascalientes, quienes en esa ocasión hablaron de cambio social, encajan en la misma categoría. Además, ningún estudioso ha verificado las credenciales revolucionarias de Francisco Villa, el aliado de Zapata y el mayor enemigo de los constitucionalistas, los vencedores finales. En el mejor de los casos, la evidencia

contradice la imagen de Villa como revolucionario. Para Venustiano Carranza, el primer jefe de los constitucionalistas, a decir de él mismo, no tenían cabida los revolucionarios o radicales. La violencia en México, para acabar pronto, no significó necesariamente Revolución.

La Gran Rebelión, tal vez sea ésta la descripción más adecuada de lo que sucedió entre 1911 y 1923 (o los resultados de 1923 a la fecha), fue tanto un fenómeno del siglo XIX como un presagio del futuro. Sus raíces y sus principios reflejan, con sus claras modificaciones significativas, los ideales conservados como reliquia en la Revolución Francesa y que se aplicaron en Inglaterra y en los Estados Unidos. Su sazón de ser era aún la fórmula capitalista, simplificada y actualizada a fin de que respondiera a la realidad mexicana de principios del siglo veinte. En la opinión de los principales insurgentes, las oligarquías de provincia, en especial el triunvirato de Sonora y la maquinaria Terrazas—Creel en Chihuahua, con el respaldo de Porfirio Díaz, habían destruido la fórmula capitalista de la libre competencia. El pequeño bando en discordia, mismo que pretendía un cambio más radical, sufrió el fracaso y aun la muerte, pues así lo ejemplifica la suerte que corrieron Emiliano Zapata, Lucio Blanco y Ricardo Flores Magón. Debido a lo estrecho de sus metas, la rebelión sólo significó una simple cirugía plástica para el capitalismo mexicano. En el mejor de los casos, fue un movimiento de reforma inspirado en la Revolución Francesa.

Un examen de los orígenes del levantamiento revela mucho sobre su carácter. En primer lugar, el descontento rebelde provino de los estados norteños, desde Sonora a Coahuila principalmente. Los rebeldes también se armaron previamente en Morelos y por un corto tiempo en Yucatán. Ese conjunto de estados, a simple vista

tan diversos geográfica y culturalmente, compartían un común denominador. Todos ellos mantenían ligas con mercados extranjeros: mientras que Morelos, si bien vendía su azúcar en su mercado interno, la mente de quienes la cultivaban estaba puesta en el extranjero como respuesta al creciente mercado azucarero y a los estragos de la guerra sobre la industria azucarera cubana. Por supuesto, no fueron las oligarquías de estos estados las que tomaron las decisiones básicas; éstas fueron hechas desde el exterior en los centros mercantiles, es decir, en Estados Unidos. A excepción de Morelos, esas decisiones se hicieron en torno al henequén de Yucatán, así como sobre el cobre, el algodón y el ganado, los principales productos de Sonora, Chihuahua y Coahuila. El colapso de la economía de Estados Unidos, el "Pánico de 1907", como se le recuerda en el norte de la frontera, hizo estragos en las economías de estos estados "coloniales", los más ricos y "progresistas" del Porfiriato. Más aún, los estados fronterizos también gozaban de lo mejor del capital yanqui invertido en México. Como lo hace notar Francisco Bulnes, existía una relación directa entre las regiones con grandes inversiones de dólares yanquis y los focos de rebelión.

Sin embargo, el brillante e iconoclasta Bulnes, cierra sus ojos a lo obvio (tal y como lo hice yo en mi libro). La importancia clave de lo que estaba sucediendo en estados como Sonora, no era precisamente la relación entre los dólares yanquis y el sentimiento rebelde, sino más bien, lo que los dólares yanquis habían hecho a la estructura social de estos estados hacia 1910. Un siglo después de haberse convertido en "nación soberana", México, con estados como Sonora en primer plano, había caído tanto política como económicamente en manos de un amo extranjero más formidable que el odiado conquistador español. Era éste el yanqui, el vecino del norte, y la posi-

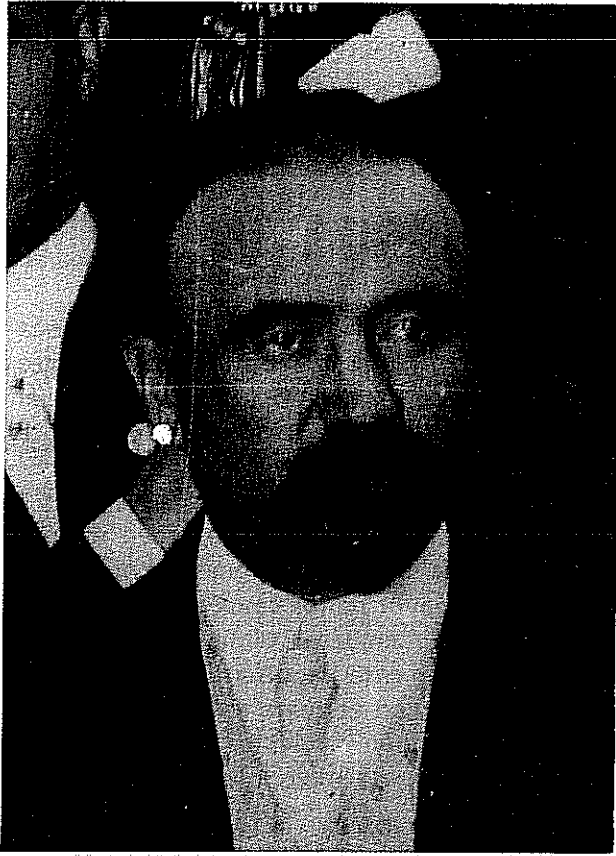
ción relativa de "supuesta libertad" del estado mexicano se convirtió en dependencia.

En Sonora, para tomar un ejemplo obvio, arrastrada en la vorágine de la telaraña yanqui dada su proximidad y sus fabulosos depósitos de metales, principalmente de cobre, la servidumbre trajo consigo una metamorfosis. De ser considerado como uno de los estados más pobres, Sonora pasó a ser objeto de una de las inversiones en dólares más grandes hechas en México y, virtualmente por ese solo hecho, se convirtió en uno de los estados más prósperos. El progreso, se regocijaba la oligarquía comercial local detrás del timón de mando, había sentado sus reales. Para su punto de vista, los nexos con el vecino gigante, al cual cortejaban con la bendición desde la ciudad de México, entonces bajo la mano firme de Porfirio Díaz, los ricachones locales habían logrado espectaculares dividendos. Los adornos de modernización puestos en marcha por el capitalista occidental, incluyendo sus valores e ideología, descansaban sobre cimientos sólidos. La flor y nata de los comerciantes había gozado de excelentes ventas, una industria de exportación hacia los Estados Unidos para la agricultura y el ganado mantenían una posición establecida y el auge minero, gracias al capital norteamericano y al ferrocarril construido con éste, había abierto, para citar las resplandecientes estadísticas de esos tiempos, trabajos muy bien pagados para cientos de mexicanos. Al cumplirse el centenario de 1910, según lo veía la oligarquía, había justificación para celebrar la independencia mexicana.

La era del nuevo imperialismo, los años entre aproximadamente 1870 y la primera Guerra Mundial, el telón de fondo para el drama de Sonora, levantó la cortina en una era de fundamental importancia para todo el mundo. Sólo entonces pudo empezar a tomar forma una civilización mundial. Con la división de los

países centrales y periféricos, la maniobra de la conquista industrial capitalista de América Latina, Asia y Africa, el mundo se convirtió en una enorme red internacional. Para Sonora, el surgimiento de esta civilización mundial significó el nacimiento de una época diferente a la colonial. Dada la primitiva tecnología de esos tiempos, las ricas venas de plata, la base de la economía minera española, desapareció, dejando al viejo sistema, como lo dijera Eric Hobsbawm, en bancarota. Según su decir, "el viejo colonialismo no evolucionó hacia un nuevo colonialismo; se colapsó y fue reemplazado por él". Esto sucedió en Sonora, donde pereció una rudimentaria economía minera, víctima del desorden de los primeros años de independencia, siendo reemplazada hacia finales del siglo XIX por una economía minera dinámica, financiada y controlada por los capitalistas yanquis.

El antiguo imperialismo distorsionó la antigua imagen colonial. La construcción del ferrocarril de vapor particularmente en los países de la periferia, provocó un cambio de las importaciones a las exportaciones en los bastiones industriales, con Inglaterra al frente trayendo para la periferia la ruina de las artes nativas, la apertura de las tierras para la agricultura de exportación, el florecimiento de la banca internacional y el flujo del capital en el extranjero. Durante esta fase, los especuladores construyeron las redes ferroviarias y la infraestructura para manejar la exportación de las materias primas y la venta de bienes manufacturados. A raíz de la cacería en pos de las materias primas y los mercados, la inversión de capital en ciertos lugares como Sonora, creció rápidamente. Para 1908, el 41% de las inversiones directas estaban destinadas a la minería y, en menor escala, al petróleo. Entre 1897 y 1914, la exportación de dólares había aumentado de 1.7 billones a 3.5 billones.



Conforme esto adquirió forma, las regiones distantes, mismas que con anterioridad habían permanecido por lo general independientes, se convirtieron en simples protuberancias de una economía mundial. En poco tiempo, se desarrolló una división internacional de trabajo en el occidente industrial fabricando y vendiendo bienes, y el resto del mundo, la periferia, trabajando para suministrarlo de materias primas y alimentos baratos. Cada vez más, gran parte del mundo y de su gente comenzaron a depender, en mayor o menor grado, de occidente. La situación empeoró a partir de 1880, ya que los términos del intercambio se hicieron cada vez más difíciles

para las poblaciones "coloniales". Hacia 1910, costaba mucho más a los países de la periferia la compra de artículos manufacturados que cincuenta años atrás. Con la pérdida del poder adquisitivo, los niveles de vida en estos países, en comparación con aquéllos en el occidente, se desplomaron estrepitosamente. La desigualdad proliferó rápidamente: para mediados del siglo XIX los precios estaban un 50% más altos en América Latina, Asia y África que en el occidente. Lo que es todavía peor, sólo una pequeña parte del dinero de exportación iba a dar a la industria, en parte debido a que los capitalistas europeos y norteamericanos no querían que los países periféricos se convirtieran en una competencia respecto a sus mercados.

Conforme se desarrollaba este drama, enormes sectores de la población nativa se vieron cada vez más marginados. Extrañamente, y a pesar del flujo de capital, los pobres de la periferia se vieron cada vez más pobres. Los agricultores que directamente se ocupaban en la labranza, lo mismo que los artesanos de antaño, engrosaron más las filas de los desocupados, en tanto que los campesinos empeñados en conservar sus tierras, contaban con poco capital para invertir. En los campos mineros de Sonora, los vaivenes de la economía internacional determinaban si los trabajadores tenían trabajo o no, o si ellos y sus familias tenían comida en la mesa. Para colmo de males, las depresiones tornaron aún más difícil la situación desde mitad de los años que transcurrieron de 1870 a principios del siglo. La economía local, para acabar pronto, se vió forzada a doblegarse para abastecer las necesidades de las naciones industriales, dejando en casa una clase dominante casada con la dependencia. De igual importancia que la dependencia, la incorporación de los países de la periferia a las economías del mundo industrializado, con la des-

trucción concomitante de los cimientos de la colonia española, agregó a lo anterior las "contradicciones capitalistas" hechas famosas por Marx, Lenin y sus discípulos. Estas contradicciones, más que los destacados nexos de intercambio entre estados como Sonora y los mercados norteamericanos, reforzaron los conflictos surgidos en 1910.

Para empezar, el advenimiento del auge minero dio nacimiento a una moderna clase laboral. El minero especulador, desbordándose desde el otro lado de la frontera, dio vida a un elemento laboral que comúnmente se encuentra sólo en los países industriales. La minería de los metales industriales, en especial el cobre, integró a los trabajadores de Sonora a una economía manufacturera global. De ahí en adelante, para bien o para mal, su bienestar dependió de las altibajas del capitalismo internacional. Las inversiones extranjeras, dinero yanqui en la mayoría de los casos, habían provocado el crecimiento abrupto de un proletariado industrial, irónicamente en una provincia rural, desprovista de ciudades importantes y virtualmente sin industria. Para 1910, esta fuerza laboral, en muchos casos sin empleo, se había convertido en un elemento clave para la economía. Los mineros de Cananea, Nacozari y otros campamentos, molestos con los extranjeros y resentidos con la institución mexicana que los gobernaba, abrazaron, miles de ellos, la causa rebelde.

Al mismo tiempo que se conformó la clase trabajadora, nació una burguesía dependiente. Hasta los años sesenta del siglo XIX, Sonora se encontraba en un esplendoroso aislamiento con una sociedad a la que se le había calificado de "atrasada" por algunos, pero si la comparamos objetivamente, aparece autosuficiente y sana. En su prisa por adoptar el sistema capitalista occidental, los dirigentes de Sonora volvieron

sus espaldas a lo que, visto desde lejos, pudo haber sido un edificio emergente económicamente sólido. Al invitar a los capitales extranjeros y al unir el comercio nativo a los mercados del norte de la frontera, ayudaron a crear una burguesía dependiente, sujeta al antojo de los norteamericanos. Todo había sido diferente antes del advenimiento de las inversiones norteamericanas.

Hasta finales del siglo XIX los habitantes locales rara vez habían comprado productos norteamericanos. Los pocos artículos que adquirirían llevaban etiquetas europeas. Los comerciantes mexicanos, según se lamentaba el cónsul de Estados Unidos en Guaymas, todavía vendían la mayoría de sus productos. Este orden mercantil, el de una naciente burguesía "nacional", estaba en el mayor de los casos endeudada y no tenía capital. Sin embargo, tenía raíces nativas y, lo que es igualmente importante, a veces manejaba productos con etiqueta nacional. Sólo unos cuantos compraban productos importados, por lo general objetos de lujo o maquinaria. Fuera de Guaymas, Hermosillo, Ures y Alamos, las "ciudades" de Sonora, mercados para artículos caros, casi no existían y los comerciantes rara vez eran extranjeros.

Lo cierto es que el intercambio comercial entre los pueblos, dejando a un lado los más grandes, se llevaba a cabo en una escala limitada. Con todo y ello, el intercambio de bienes entre pueblo y país se encontraba floreciente. Sin carreteras ni vehículos para transportar sus granos y su ganado a los mercados distantes, los rancheros, lo mismo que los hacendados, los vendían la mayor de las veces cerca de casa. No se volvían tremendamente ricos, pero sí hacían dinero. En los pueblos, los artesanos sólo hacían sillas, mesas y gavetas a solicitud de sus vecinos, los agricultores y los hacendados de los alrededores. Los pueblos

contaban con carnicerías, con un herrero invariablemente, aquí y allá con un mercado de sillas de montar, zapateros, tal vez una tienda de calezas y carretas, y siempre con una tienda mixta, la tienda de misceláneas. La gente del pueblo eran los compradores de los productos agrícolas y del campo. Era un intercambio de productos basado sobre la idea de autosuficiencia. Los ranchos y las haciendas producían carne, leche, queso, trigo, maíz, arroz, garbanzos y fruta, y compraban harina de trigo, dulces, mezcal y otros productos.

La industria, la más escasa de sus bases, se mantenía en pie. Casi cada pueblo de poca envergadura tenía su molino de harina cuyos excedentes, un artículo de exportación importante, se vendían a lo largo de la costa del Pacífico, principalmente en Sinaloa y Baja California Sur. Además se elaboraban escobas, petates, jabón, pantalones y camisas de mezclilla para los trabajadores del campo y los mineros, sombreros de paja para cubrirse del sol ardiente y cigarros. Hacia 1839, Manuel Ruiz Iñigo, un mexicano, estableció la primera fábrica textil en el estado, en Los Angeles. Cerca de tres décadas después apareció otra, esta vez en San Miguel de Horcasitas, no muy lejos de Hermosillo. Tanto los dueños como los trabajadores, así como el mercado de sus telas, eran mexicanos.

Este panorama comenzó a cambiar gradualmente, primero Guaymas y después Hermosillo. Ese cambio se debió al intercambio con el extranjero, en su mayoría con Estados Unidos, a partir de 1880. Con el intercambio extranjero y el comercio, el crecimiento urbano se aceleró. Lento pero seguro, conforme los comerciantes crecieron y prosperaron debido a las conexiones con el mundo exterior juzgaron que su intervención era cada vez más indispensable para su bienestar. Identificaron el desarrollo de México

como una liga con las naciones industrializadas de Europa y con Estados Unidos. Las inversiones extranjeras, concluyeron, significaban crecimiento económico. Fue sólo poco después que los ganaderos en el norte y los agricultores en los valles del Mayo y del Yaqui, ambos queriendo explotar los mercados de la frontera, se unieron a esta forma de pensar.

Nada típica mejor esta era que las transformaciones del puerto de Guaymas y, junto con éste, la naturaleza de su élite comercial. En términos muy gruesos 1870 marca la vertiente en la historia de Guaymas. Hasta entonces el puerto languidecía, sus comerciantes, una pequeña burguesía, a pesar de estar infiltrada por extranjeros, era en su mayoría mexicana y relativamente independiente. No fue sino hasta la llegada del ferrocarril a Nogales en 1882 cuando el puerto prosperó, sus comerciantes gozaron así de la abundancia, convirtiéndose en intermediarios en la importación de bienes extranjeros y en la exportación de minerales. Al comprar y vender artículos hechos en el extranjero, cada vez más de manufactura norteamericana, y al beneficiarse del envío al extranjero de materias primas, la salud de la ciudad-puerto descansó sobre los consumidores extranjeros, especialmente norteamericanos. Quienes manejaban las transacciones, los intermediarios, con el tiempo conformaron una burguesía dependiente, más víctima que amo de su propia casa.

Con el auge de 1880, se levantó la economía de Guaymas, básicamente aquélla de los intermediarios. Para 1910, Guaymas competía económicamente con Hermosillo. Su comercio superaba 2.5 veces al de Hermosillo y tenía mayores ingresos municipales. Su población de 12,333 muy parecida a la de su ciudad rival, se había incrementado, en tiempos recientes, a pasos agigantados. Los barcos que anclaban en su puerto lleva-

ban productos a Guaymas para ser vendidos con grandes beneficios para sus comerciantes, mientras los otros intermediarios hacían dinero de las listas de importaciones. Para 1907, cerca de 10 de casi 14 millones de pesos en productos de importación de los Estados Unidos entraron por Guaymas, mientras que 6 de los 15 millones de pesos exportados salieron por ese puerto. Sin embargo, no todos los comerciantes obtuvieron el mismo provecho; sólo una pequeña minoría se enriqueció. La firma de García Bringas, por ejemplo, tenía ventas anuales por 480,000 pesos; la de Pedro Cosca, 420,000 pesos; G. Moller y



Cía., 460,000 pesos; Arturo Morales, 410,000 pesos y la Compañía Industrial de Maderas, 370,000 pesos. De los aproximadamente 150 negocios en el municipio de Guaymas, sólo 13 tenían ventas anuales por encima de los 100,000 pesos. De los restantes, ninguno hizo más de 13,000 pesos por año y la mayoría menos de 3,000 pesos. Un selecto grupo de comerciantes había monopolizado los frutos de la dependencia. Los ricos de Guaymas, por lo tanto, eran los mercaderes importantes, quienes compraban para revender ferretería, maquinaria, madera, herramientas, vestido, vino, perfumes franceses y hasta queso.

Por debajo de los comerciantes, una clase media aún en pañales, imitaba su forma de vida. Copiando a los ricos en el vestir y en las maneras, esperaban hacer desaparecer las barreras entre ellos y sus patrones. Participes del florecimiento comercial de Guaymas, habían tomado forma acatando el mandato de la élite comercial. La clase media, mal definida y muchas veces no dispuesta a reconocer su posición relativa, incluía a un puñado de profesionistas, médicos principalmente, abogados, contadores, oficinistas y un pequeño grupo de burócratas al frente de las aduanas y de la autoridad portuaria. El servicio a la élite comercial recompensaba a una minoría con prestigio y dinero. Pero ya fueran ricos o simples oficinistas pobres con pretensiones petulantés, los componentes de la clase media, al igual que sus patrones, dependían de los extranjeros, ya fueran clientes o fabricantes. Esos extranjeros eran de Estados Unidos.

La historia de Guaymas, a pesar de su relativo declive hacia 1910, enmarca el poder de los comerciantes, una burguesía dependiente, y sus aliados. En el frente político significó la escalada al poder de hombres que simpatizaban con ellos. Un triunvirato conquistó el poder en Hermosillo:



Luis E. Torres, héroe militar; Rafael Izábal, hacendado; y Ramón Corral, empresario. De los tres, Corral, comerciante, especulador minero y, por sobre todas las cosas, aliado de los promotores norteamericanos, comprendía mejor lo que ocurrió. Hasta que fue llamado a la ciudad de México en 1900, Corral dedicó su vida a promover un clima favorable para el comercio, el intercambio y los negocios, el cual creía obligado al capital y mercado extranjero. Imitando a la ciudad de México donde don Porfirio Díaz formuló una política similar, Corral y sus compañeros querían ley y orden, los ingredientes indispensables para el progreso según pensaban.

El resultado de la nueva dependencia respecto a Estados Unidos: la entronización de los comerciantes y sus seguidores en el pináculo del poder, trastornó el antiguo equilibrio. La era de prosperidad que comenzó con el influjo del capital norteamericano favoreció a los habitantes de las ciudades y los pueblos desigualmente. Entre más grandes eran las ligas con la industria minera y más próximas las vías férreas, más grandes eran las recompensas. Los más beneficiados fueron Hermosillo y Guaymas, pero también lo fueron las estaciones en el camino del ferrocarril, pueblos coloniales como Magdalena y los presuntuosos Nogales y Navojoa. A fines del siglo, estos pueblos monopolizaban cerca del 88 % del capital mercantil y el 72 % de los ingresos municipales.

Encima de esto, el crecimiento económico a fuerza del capital extranjero y sus mercados agravó los viejos desequilibrios entre los pueblos y las ciudades y entre las regiones. No todos tenían una tajada del pastel similar, y ningún distrito mantuvo el paso de Hermosillo y Guaymas. Cuando se vieron sin transportación barata, los pueblos y los distritos languidecieron, convirtiéndose en las colonias de los más desarrollados, un *modus operandi* conocido como "colonialismo

interno". Los comerciantes de los pueblos desamparados se convirtieron en revendedores de mercancías compradas a los mayoristas de Hermosillo o Guaymas. Sin embargo, no importa qué tan escasas eran las utilidades de los pueblos o los distritos, una pequeña plutocracia tenía el monopolio de las recompensas económicas o, en el peor de los casos, las repartían con los rancheiros y los hacendados.

Conforme pasaron los años, una Sonora antaño autosuficiente, con pocos extremos de pobreza y riqueza, se convirtió en una sociedad dividida. En un extremo se encontraba la élite comercial, rica y poderosa, pero atada a los caprichos de los yanquis. La mayoría de los mexicanos, ni ricos ni poderosos, tenían que conformarse con las migajas del "progreso". Más aún, los patrones de trabajo eran controlados por extranjeros. Los empleados en la minería así como la agricultura en los valles del Mayo y del Yaqui respondían a las demandas del mercado al otro lado de la frontera. El arribo del capitalista yanqui, para acabar pronto, transformó la economía pero al hacerlo introdujo las contradicciones del capitalismo que, a fin de cuentas, llevó a la rebelión de 1910. Lógica pero irónicamente, el espíritu de la rebelión se apoyó en las llamadas regiones "progresistas". Si todo México hubiera gozado de este progreso ambivalente, la rebelión de 1910 hubiera podido ser en realidad una revolución social.

Siempre que se presenta el tema de la Revolución Mexicana, se menciona la reforma agraria. El argumento, esgrimido por una legión de creyentes, asegura que desde que México introdujo la reforma agraria, antes, durante y después de Lázaro Cárdenas, tuvo una revolución. Nadie discute que las administraciones mexicanas redistribuyeron la tierra, particularmente la de don Lázaro. Es igualmente obvio que la posesión

de la tierra hoy en día, casi 50 años después de Cárdenas, no es del todo diferente que cuando don Porfirio. Una minoría es dueña de las tierras fértiles e irrigadas. Sin embargo, no importa lo que uno pueda concluir de esta aterradora estadística, no es éste el punto más importante. La reforma agraria, no importa que tan completa o existosa, es simplemente una reforma agraria. El poner la tierra en manos de quienes no la tenían, a pesar de ser una empresa noble, no altera la estructura fundamental de una sociedad capitalista. Tanto antes como después de la reforma agraria, México siguió siendo un estado capitalista; después de Cárdenas, simplemente hubo más dueños de tierras, pequeños propietarios o "lumpen" capitalistas.

La reforma laboral, otro de los estatutos principales de la Carta de 1917, encaja en la misma categoría. Al legislar el derecho del trabajador para organizarse e ir a la huelga, aun cuando se defiende, paga homenaje a un sistema donde los medios de producción no están en manos de los trabajadores. A los trabajadores les habían quitado sus derechos durante el Porfiriato, a pesar de que por medio de la legislación de 1917 se hicieron esfuerzos para devolverles éstos. Sean cuales fueren los méritos del artículo 123, no se transformó radicalmente la relación entre el trabajador, el patrón y el estado. Con su "mediación" en la huelga de Río Blanco, don Porfirio, para ser exactos, sentó las bases para el actual papel del gobierno en las relaciones obrero-patronales.

Los intelectuales al igual que los priístas, a pesar de que existen evidencias de lo contrario, sostienen inexorablemente el mito de una Revolución Mexicana. ¿Por qué? La respuesta por supuesto, es compleja. Después de todo, si el levantamiento de 1910 no fue una revolución, pierde importancia y encanto, tanto en casa como

fuera de ella. Una rebelión política, esencialmente la que ocurrió entre 1910 y 1917, no puede ser utilizada para justificar las políticas antes o después de Cárdenas. Hablar de la reforma agraria como la hija de la revolución, es una cosa; asociar la redistribución de la tierra con la reforma política, es otra, como si uno debiera de aceptar que la disolución de la hacienda era inevitable, un hecho nada difícil de demostrar en 1910. Traicionar una rebelión, es otra completamente diferente del mito de la izquierda de la revolución traicionada. Sofocar la reforma en la historia de la América española, es cosa común; traicionar la revolución social es algo único en su género. Lo que parece claro es que el mito de la revolución sobrevive porque es necesario que así sea para el PRI, para los nacionalistas mexicanos y, para decirlo llanamente, por razones psicológicas. Negar que México tuvo una revolución es negar su más obvio derecho a la fama en el siglo XX. Cuántas veces no se ha argumentado que la Revolución Mexicana fue la primera de este siglo, la primera en el hemisferio occidental, la que antecedió a la catarsis rusa de 1917. Al defender la idea de una revolución, los mexicanos reclaman el papel único en la historia. La famosa fórmula para la estabilidad desarrollada por Calles, Cárdenas y sus sucesores, es buena tanto para el alma como para la política. Negar la revolución sería negarle a México su reclamo de conciencia social, en la mitología del PRI, la fuerza motora detrás de todo el comportamiento gubernamental.

El mito, irónicamente, también sobrevive en la admiración por el yanqui, en especial por sus proclamados eruditos. ¿No fueron acaso los entendidos yanquis quienes llegaron, lápiz en mano, para verificar lo que había sucedido? Desde los tiempos de Frank Tannenbaum, los norteamericanos supieron que había acontecido



una revolución en el país vecino, un hecho comunicado a los mexicanos a través de libros, revistas y periódicos. La versión de Tannenbaum de que la Revolución Mexicana arrasó al mundo yanqui como un incendio en la pradera, haciendo del cuestionamiento y por supuesto de la revisión o del rechazo casi un acto de traición. No importó que José Clemente Orozco, Mariano Azuela y Juan Rulfo, junto con otros maestros mexicanos refutaran la versión tradicional; sus interpretaciones se ignoraron, condenaron o reformaron para encajar en el molde prevaleciente. Esto sucedió en Estados Unidos al igual que en México. Finalmente, los estudiosos norteamericanos han tenido un interés absoluto en mantener vivo el mito de la Revolución Mexicana, tanto así que ayudó a distorsionar la realidad de lo que su-

cedió en el mismo México. Cuando los historiadores mexicanos y otros versados fueron en busca de guía con los eruditos del norte de la frontera, asimilaron no sólo la metodología, sino también la ideología. Para los años cincuenta, cuando se llevó a cabo la invasión norteamericana, un dogma cardinal de los eruditos norteamericanos, burgueses de pensamiento y comportamiento, fue la existencia de la Revolución Mexicana. Conservadora, segura y capitalista, podía ser utilizada como el modelo a imitar por otros países hispanoamericanos. Vista a la luz de la revolución cubana, fue, en la mente norteamericana, la única aceptable. Para su disgusto, por lo tanto, los estudiosos mexicanos se encontraron con el peso de su propia mitología y, además, con la de sus homólogos más allá del Río Bravo.

